

llenas de gentileza; sus maneras tienen el aire de la modestia y de la gracia: en fin, es una de aquellas vírgenes, tipo singular de mi patria. Como herido con un golpe eléctrico, así quedó conmovido el corazón de Diego á la simple mirada que dirige á la joven, cuyos hermosos ojos se encontraron mas de una vez con los suyos: una secreta simpatía nació en él, al estrecho que de pronto creyó disipados todos sus pesares.

La alegría que tiempo ha parecía estinguida para él, brilló de nuevo en su alma desolada: se sucedieron en ella diversas ideas, y diversas sensaciones, que como meteoros se encendían para volverse á apagar. Aquel conjunto de belleza le causaba tan repentina como violenta mutación. Estasiado en la contemplación de la joven, la música que un momento antes no le alagaba, ahora le producía ideas vehementes y sublimes, especialmente cuando miraba sus hermosos ojos.

La soberbia abertura del Caballo de bronce dió fin á la función, con no poco sentimiento de los concurrentes, particularmente de Diego; todos se retiraban, y éste no se decidía á hacerlo hasta que la joven lo verificase.

—Martin, dijo á su amigo, ¿sabes quién es esa hermosa que viene ahí?—La conozco solo de vista; mas no sé ni su nombre ni en dónde vive, le respondió. Cuando la volvió á buscar ya se había desaparecido entre la numerosa concurrencia: bien quería Diego seguirla; mas algunas personas y Martin, se lo impidieron con su conversación.

Los dos amigos se retiraron luego.—Diego, le dice Martin, te he visto muy demudado en la iglesia y me lisonjeo de esto; esa joven tiene gran parte en ello; te advierto no tan triste como antes; pero sí mas agitado y pensativo.

—Con efecto, amigo, la diversidad de sentimientos que inundan mi alma, producen esa irregularidad que notas en mí: la joven que tanto me ha encantado y que pudiera volverme el reposo con solo una sonrisa suya, ocupa del todo mi corazón; al mismo tiempo la desgracia que me tiene asido me estremece: he aquí la causa de ese contraste. Un segundo ha bastado para producirlo: en este momento ni yo mismo me reconozco.

—Me complacez demasiado en ver que tu corazón es otro, y que acaso cambiarás muy breve, á resultas de haber condescendido en acompañarme: esta noche lo harás á una casa en que te distraerás nuevamente.

—Mucho pretendes, y todo te lo agradezco; mas no desco por hoy otra cosa sino el silencio, y meditar en....

—La joven que acabas de ver, ¿no es verdad?

—Sí, amigo.

—Pues en la visita verás otras: en fin, Diego, quiero que hoy todo el día lo dediques á mi voluntad.

—Ya no te replico.

—Bien, pues á las ocho vuelvo por tí.

### III.

#### LAS POSADAS.

*Objet. des tous les devoirs de mon cœur, pourquoi me fais-tu—?—Grand.*

Fué exacto Martin en su promesa, y logró que su amigo lo acompañase. Maquinalmente pasó éste por los portales y prestos de dulces, sin que ningún objeto le llamase la atención: iba ocupado consigo mismo, meditando en la joven que había visto en la mañana. En esto llegaron á una casa en donde diversas familias estaban reunidas, y que habían sido convidadas para las posadas en la última noche.

En seguida fué presentado Diego al dueño de la casa, y luego se dirigieron ambos amigos á donde estaba el nacimiento, que por los objetos de que se componía, causaba alguna admiración á los concurrentes, especialmente á los niños. Terminaron el rezo y el canto que se acostumbraban en esta noche y anteriores. Después la concurrencia pasó á otra pieza para cantar y bailar, que es lo que preceden los convidados. Un joven amigo de Martin se puso en el piano, y tocó la abertura del Caballo de bronce que tanto había deleitado á Diego, quien al volverla á oír, no pudo ocultar su emoción: dos señoritas que en la mañana se habían distinguido por su armoniosa voz en el Sagrario, cantaron un dueto, que fué apudido. Hasta entonces el melancólico Diego había permanecido retraído y silencioso, llamando la atención de los que lo veían, sin que él lo advirtiese: en medio de sus meditaciones á que frecuentemente se entregaba, estendió una vez su vista por toda la sala, y creyó ver á la joven que ocupaba su alma: levántase repentinamente, y quiere dirigirse á donde aquella estaba; pero se detiene en el acto.—Diego, le dice Martin, te veo aquí mas extravagante que antes, y á la verdad que no te comprendo.—Tienes razón, le respondió; mas dime, aquella joven ¿no es la misma que vimos en la Calenla? Su gallardía coronada de pudor, sus miradas dulces, pero llenas de recato, me indican que es ella. ¡Oh, cuál feliz me considero al creer que se halla aquí! Esta sola idea aleja mis pesares, y vuelve á mi alma la paz y el contento.—No te engañas: esa es la misma joven que ha conmovido tu corazón. En esto se puso una contradanza: Diego vió que uno de los concurrentes dió la mano para bailar, á la que había venido á ser

ya un objeto interesante para sus pensamientos. Un disgusto serio sintió en sí mismo al ver esto, que no pudo ocultar á las miradas de otro joven que estaba á su lado.

—Caballero, le dijo éste, parece que no es de la aprobación de vd. que la señorita D\*\* baile con alguno.

—¿Quién, yo?... señor, no: vd. se equivoca, respondió Diego desconcertado.

—Creo que es cierto lo que digo, cuando recuerdo que esta mañana vd. fijaba mucho en ella su atención, y ahora luego que la reconoció vd., no ha estado menos atento.

—Podrá haberle parecido á vd. atención, lo que no era sino casualidad.

Al decir esto, pasaba con desembarazo la joven junto á él: era á la verdad la reina de la sala, y podría serlo en todas partes, si la hermosura fuera título para reinar. Concluida que fué la pieza de baile, Diego se dirigió hácia la joven para admirarla mas de cerca, quien al verlo bajó la vista, y después la fijó con desprecio en otra parte. Diego quedó petrificado; mas sin embargo, se llegó á ella diciéndole todo cortado:—Señorita, ¿se... se dignará vd. darme la pieza de baile que sigue? La joven le miró con cierta seriedad que tocaba á enfado, y le respondió secamente:—La tengo dada.

El infeliz Diego quedó frío, y como si hubiese recibido un golpe mortal: cesó un profundo suspiro, y se retiró lleno de estupor y vergüenza. Decir lo que sintió en su corazón, es difícil: calcúlelo solo quien haya por alguna vez sufrido lo que él en caso igual. El desaliento mas grande vino á ocupar el lugar de sus halagüeñas esperanzas. Su ardiente y viva imaginación le desarrolló con todo su horror la idea de su desgracia: el fatalismo que lo perseguía ganaba una nueva victoria. Diego se creía el mas desgraciado de todos los hombres: permaneció sentado sin hablar con nadie, siendo objeto de las miradas de todos, sin que la joven se ocupase de él. En diversas piezas que se bailaron pasó cerca de Diego, quien al verla sufría el mayor de los martirios. Su corazón palpaba y se estremecía, cuando la veía pasar girando alegre con su compañero de baile. El amor, el zelo y el despecho sentía en su alma. Martin lo advirtió y corrió á consolarlo.

—Diego, le dijo, estás muy abatido, y aquí no hemos venido para esto. Vamos, párate á bailar, y cesa de estar triste: reflexiona, que lo que hoy no puedes alcanzar, lo conseguirás mañana: ten calma, y tal vez muy pronto verás satisfechos tus deseos.

—Conozco tu intención; pero por bondadosa que sea, no creas que me distraiga de la tristeza de que estoy poseído. Este lugar me es insoportable: he estado en un cruel y hor-

roroso tormento: ya no puedo permanecer por mas tiempo aquí, y si eres mi amigo, me darás una prueba, permitiéndome que me retire luego: no me pidas explicaciones, no me violentes, y escúsame con el dueño de la casa; mañana nos veremos. ¡Adios! Dicho esto se salió: en vano lo quiso persuadir Martin para que se quedase. Diego se fué, sintiendo su amigo no poderle acompañar, por estar comprometido con una señorita, para bailar la cuadrilla que seguía.

La casualidad hizo que estuviese colocado al lado de la señorita Matilde D\*, que así se llamaba la que había visto Diego en la Calenla. Martin la dijo:

—Señorita, mucho ha bailado vd. en esta noche, y la mayor parte de los jóvenes han tenido el honor de ser sus compañeros.

—Con efecto, caballero, me he divertido un poco.

—Creo que demasiado, aunque á costa de algunas lágrimas.

—¿Cómo, caballero! Advierto que se toma vd. ciertas libertades....

—Señorita, le interrumpió Martin, suplico á vd. que esa libertad me la tome, para solo manifestarle que estoy muy lejos de ofenderla.

—¡Ah! si yo le hablara á vd. en estos términos era, porque los jóvenes de esta ciudad quieren escusar sus galanteos con suspiros y lágrimas; yo entendía que vd. me hablaba de sí mismo.

—De ninguna manera, señorita, sino que he sido testigo en esta noche de una escena con vd. demasiado sentimental. Después de pasada la figura, siguió la conversación entre Matilde y Martin.

—No sé de qué escena me hablaba vd.

—¿Qué, no recuerda vd. la de no haber querido bailar con un joven, que pidió á vd. el primer vals?

—¡Ah! sí, y ¿qué tiene de sentimental esto?—¿Cómo qué? ¿Pues no vió vd. que con el desaire que le corrió le hizo suspirar, y aun el que se haya ido abatido y como demente?

—A la verdad que nada vi; pero aun cuando lo hubiera visto, ya he dicho á vd. cómo juzgo á estos jóvenes: en mi pais no son así.

—¿Pues de qué parte es vd.?

—De Jalapa.

—Ah, señorita! acaso sus paisanos de vd. son de pasiones mas escaltadas que nosotros, y me atrevo á asegurar, que solo les escederemos en sinceridad.

—Bien, podrá ser así; mas yo me lisonjeo de que no tendré motivo para hacer comparaciones.

—Y bien, ¿qué haría vd. si su corazón en secreto las hiciera? Si vd. consulta ese corazón, hallará que ese joven la idolatra: que tan

virtuoso como desgraciado, no tiene otro objeto presente en su alma mas que vd., á quien tributa una adoracion respetuosa, y que sus sentimientos son puros é inocentes; en esto siguió otra figura, y Matilde despues nada habló, sino que permaneció seria. Martin volvió á dirigirle la palabra diciéndole:

—Señorita, supongo que vd. estará en la inteligencia, de que no la he querido mortificar al manifestarle cuán adorada es vd. por mi amigo.

Matilde le respondió: Convendrá vd., caballero, en que he venido á este lugar con distinto objeto del que vd. cree; si omitiese hablarle mas sobre su amigo, no tendré que quejarme de vd.: Martin conoció debería variar de conversacion, y se ocupó en cosas generales, aunque queria interesarla á favor de su amigo. Cuando pasaron á la mesa, estuvo dispénsandole á ella y á su mamá todo género de atenciones, con lo que se granjeó algun concepto de ambas. Concluyó el baile, y comenzaron á despedirse los concurrentes, aprovechándose Martin de bajar del brazo hasta el coche á Matilde, á quien le dijo antes de despedirse:—Señorita, quizá otra vez se le verá á vd. menos severa y mas indulgente; pero de cualquiera manera, la honra que he tenido esta noche de tratar á vd. no tiene precio.

Matilde le respondió:—Señor, no acostumbrada á semejantes cumplimientos, calculará vd. que al recibirlos, no puede ser por mi parte sin sacrificio. Dicho esto, se despidió de ella y de la familia, con la que quedó en cierta manera relacionado.

Diego al llegar á su casa, iba con una fuerte calentura: pasó la noche en el mayor delirio, y en la mañana que lo vió Martin, no pudo referirle lo que habia pasado con Matilde en el baile, despues de la repentina separacion de aquel.

A pocos dias, Diego se restableció, merced á los cuidados de su amigo. Cuando ya estaba capaz de resistir á grandes sensaciones, supo lo ocurrido: esto lo demudó, y diversas fisonomías presentaba al oír la relacion de Martin, quien lo consolaba y le decía que esperase una ocasion, en la que pudiese lograr un buen resultado.

Nada le dijo Diego: se notó en su aspecto la conmocion interior de un horror, á quien despedaza el mas acerbo dolor, y que intenta comprimir sus pesares. Despues de un rato de silencio, Diego sacudió la cabeza mirando al cielo, y dos lágrimas aparecieron en sus mejillas. Los dos amigos se abrazaron, y permanecieron así unidos por algunos instantes. Estos fueron sublimes: dos almas á quien la amistad unia, se fundian en una sola; muda, pero muy elocuente fué la comunicacion de ellas. Con razon se di-

ce que *el mayor don del cielo* es un verdadero amigo. Martin lo era de Diego. Este pedía consuelos, y aquel se los otorgaba, aun cuando hubiese sido con el sacrificio de su misma vida.

Pasados algunos dias, Diego se resolvió á escribirle á Matilde; mas ésta no quiso recibir ninguna carta, sin embargo de que se habia valido de varios conductos, para que llegasen á manos de aquella: creyó que la negativa de Matilde era abierta, y aumentó en él la misantropía que le devoraba.

## IV.

## EL CARNAVAL.

La vi pasar, y las fibras de mi corazón se estremecieron.—R.\*

Un día vino Martin á verlo, y le dijo:

—Diego, esta noche vamos á un baile de máscaras en la casa de Moneda, á donde ha de concurrir Matilde, y es la ocasion mas oportuna para que le hables.

—En vano crees que pueda variar esa joven respecto de mí: desconozco tanto de que se compadezca de mis padecimientos, como grande y ardiente es la pasion que le profeso: iré sin embargo, y tendré que verme nuevamente humillado; mas para hablarle, no sé de qué modo se vencerán las dificultades que advierto.

—Todo está arreglado: Antonio D\*, primo de Matilde, es mi amigo y me ha informado de los vestidos que lleva la familia de Matilde, y que el de ésta será el de Norma.

—Bien, eso servirá para conocerla; pero para bailar con ella ¿de qué medio me valgo?

—Es puntualmente lo que te iba á decir: Antonio, que estuvo el juéves en la tarde en casa de Matilde, convino con ésta en bailar algunas piezas, siendo una la primera cuando llegase al baile; para que se conocieran le mandó enseñar su dominó. Antonio casualmente me ha instruido de todo, y como un negocio importante lo lleva á Jalapa para donde salió esta mañana por la diligencia, me ha dejado su dominó, seguro de que yo no abusaré de él, ni de la confianza que ha hecho de mí. Creo que no le faltó facilitándotelo, porque conozco tu corazón generoso; lo que importa es, que tú mismo no le traiciones, y que te conduzcas con desembarazo.

—Veremos lo que hago; pues estoy resuelto á todo, y sin que Matilde tenga que decir nada de mi urbanidad: así es que te espero á la hora que gustes.

A las ocho de la noche, las calles, especialmente los portales, eran una Babilonia: todo el mundo iba y venia en diversas direcciones para pasarse y divertirse con multitud de máscaras, que inundaban por decirlo así, la ciudad.

La Moneda no lo estaba menos, esto es, la habitacion del superintendente. Un estenso salon con sus piezas adyacentes estaba bien preparado para la diversion. La concurrencia era numerosa y escogida, particulares como los máscaras, estaban bien vestidos y con un gusto oriental: parecia pues que se estaba en esa ciudad famosa de Europa, en esa Venecia, tan fuertemente poética. Solo faltaba ver su famoso canal, y sus góndolas y sus orgías; pero esta falta es un bien. No tendremos esas perspectivas espléndidas; pero en cambio de todo ese aparato que oprime al corazón, que allí mas que en otra parte, siempre está lleno de zozobra; nuestras costumbres dulces é inocentes brillan con esplendor; la sencillez, candor y vivacidad de las mexicanas, aumentan el brillo del pais que las vió nacer, sin que jamas hayan dejado un recuerdo lúgubre.

La alegría era general, y la hacia esparcir la música con sus tiernos acentos. ¡Cuántas personas, cuántos jóvenes se creian en el apogeo de su dicha, al ver y hablar á la que poseía su corazón, á la que iba por fin á recibir y tal vez corresponder á una declaracion ardiente y apasionada! ¡O tal vez á efectuar una deseada reconciliacion! Mas en medio de esta sociedad jocosa y alegre, y entre esta confusion general, se hallaba un dominó triste y retirado hacia la puerta, sumergido, segun parecia, en profundas meditaciones y como extraño á la diversion. No dejó de ser objeto de las chanzas de algunos máscaras alegres y cócoras, de los que ejercen la dictadura con sus chistes en todas partes, ya sea en el teatro, ó en bailes y demas concurrencias. Pasaba uno de aquellos junto á Diego, que era el máscara que estaba aislado y melancólico, y señalándolo, dijo á otros: Vean vdes. en ese Monsieur un dominó estatu.

—Ya lo conozco, espresó otro máscara: este ha de ser un pretendiente de Matilde D\* que la estará buscando; mas el majadero, por mas que la ama, ella lo desprecia, pues en la Noche-buena lo desairó; pero él segun parece la echa de sentimental para ganarle el corazón. Haciendo estos comentarios, se retiraron, y Diego, disimulando, se venció á sí mismo cuanto no podía esperarse, pues queria allí mismo pedirles una satisfaccion á los atrevidos cócoras; se contuvo y mas por la llegada de Martin, que habia ido á buscar á Matilde y su familia.

Habia pasado un momento cuando llegaron nuevos máscaras, y entre ellos luego reconocieron ambos amigos á Matilde, así por el traje que traía, como por los de su familia. El corazón de Diego palpó y sentia en su interior un embarazo que no se sabia si era de sorpresa ó de placer.

—Diego, le dijo su amigo, procura pedirle á Matilde la primera pieza que se baile: ve, y no seas tímido.

—Voy; pero creo que será la misma de siempre.

—Mascarita, le dijo en voz fingida, ¿me das la primera pieza de baile que me has ofrecido?

—¿Cuándo te la ofrecí?

—El juéves en la tarde.

—¿En donde?

—En tu casa. Voy, qué no me conoces? soy Antonio. Matilde lo observa como para reconocerlo en el traje, y le dijo despues que sí. Se dispuso una contradanza, y fué Diego á saludar á la madre de Matilde; tomó á ésta de la mano: ambas creyeron que era Antonio. Diego se puso con su compañera en el lugar que le correspondia. No sabia qué hacer ni qué decir: un sudor frio cubría todo su cuerpo, sentia los pies entorpecidos é incapaz de dar un paso. El placer de estar al lado de Matilde, el de tener entre sus manos las de aquella, el oír su tierna y sonora voz, lo ponian fuera de sí; mas el temor de ser descubierto causaba en él un terror pánico. Espresiones generales fueron las primeras que le dirigió, perdiéndose parte entre el bullicio de la multitud y el sonido de la música, que aumentaba con sus trasportes la confusion que tenia.

Comenzó el baile, y esto vino á sacarlo del estado violento en que se veia. Matilde quiso descansar, y mientras lo dijo Diego:

—Matilde, ¿estás contenta?

—Sí, le respondió.

—Mucho entusiasmo y placer te causa bailar.

—No es tanto, y menos en esta clase de bailes y concurrencias, en las que no hay órden ni silencio.

—Las personas que como tú, no han frecuentado estas diversiones, las hallan algo extrañas; pero la numerosa concurrencia te debe en algo sorprender.

—En Veracruz y Jalapa, como sabes, no he querido asistir sino á bailes caseros en que todos son conocidos; pero aquí me desagrada ver que puede uno tal vez bailar con una persona que no se conoce y que se ignora su educacion; por lo demas, esto es para verlo una ocasion.

Vaya, cuando tengas bastantes relaciones y cuando te hagas á los usos de México, que á decir verdad, son menos francos ó sociables que los de Veracruz, no dudo que te divertirás.

—Todos me dicen lo mismo; pero yo no creo acostumbrarme.

—Ya verás cómo te sucede, y mas si alguno llega á interesarte.

—¡Oh! eso menos.

—¿Por qué?

—Porque yo á nadie habia de querer. Tú me juzgas por tí mismo, y te equivocas: no creas que sea yo como esa niña que me has dicho te ama y la haces continuamente beber lágrimas, mientras que te diviertes con otras. Hablemos de otra cosa, ó vamos á bailar si quieres, ó si no lleváame con mamá.

—No, bailaremos mejor.

Diego conoció que Matilde desconfiaba de todos, y que este era el motivo de su oposición para corresponderle: se lisonjó de que podría vencerla, y pensaba que alguna vez posería su cauto y tímido corazón: se tranquilizó un tanto, adormeciendo sus pesares con las ilusiones que en tales casos forman todos los amantes. Concluyó la contradanza, y antes de llevar Diego á Matilde á su asiento, le pidió un vals ó la tercera pieza de las que siguieran, á lo que ella condescendió. Inquieto estaba Martín por saber lo que le habia pasado á su amigo, quien todo le refirió: aquel alentaba á este y le prometía un buen resultado. La desconfianza, sin embargo, no se desterraba de Diego, quien temblaba al recordar lo preocupada que estaba Matilde, segun advertía de sus expresiones.

Las máscaras iban y venían hácia todas partes, formando una batahola infernal: algunos cócoras importunaban á mas de una de esas respetables ancianas ó á algunos personajes, y á todos hacían á veces salir de su gravedad: las jóvenes se divertían y no dejaban de mosquearse de vez en cuando con ciertos chistes que las decían. Dos máscaras habian tomado de su cuenta á Diego; pero éste les habló de tal manera, que pronto tomaron por bien retirarse y dejarlo en paz. No dejaron de advertirlo Matilde y su mamá, y cuando pasaba Diego cerca de ellas, le preguntaron lo ocurrido con cierto interés, que aumentó en él su tierno amor; pero ¡ay! que no era por él, era por Antonio: esto lo desconoló nuevamente.

Llegó el momento para Diego de volver á tomar de la mano á la encantadora Matilde, que se manifestaba mas confiada: interin que bailaban, pasó el siguiente diálogo.

—Antonio, le dijo, ¿qué no está aquí Angela? porque te veo muy alegre.

—No lo sé, pues hoy he tenido un pequeño disgusto con ella.

—¿Qué bien te decía poco antes que mientras que ella flora tú te diviertes!

—No, por cierto: si supieras lo que padezco, ahí seguramente me tendrías compasión...

—¿Pues no estabas el juéves tan tierno?

—El verdadero amante no puede dejar de serlo, y si el juéves no lo estaba, es por que me duele como yo, sufre las mayores alternativas.

—Ciertamente que estás hecho todo un mexicano.

—Después que pasó la primera figura de la cuadrilla, Diego, que no podia resistir por mas tiempo el estar bajo un nombre supuesto, porque le parecia que cometa una bajeza ó que se degradaba, se decidió á descubrirse.

—Matilde, le dijo, ¿qué tú jamas amarias á nadie? Serias insensible á los latidos de un corazón tierno que te jurase eterna fidelidad y que te pidiese una lágrima, un suspiro al menos?

—¿Qué estragante te advierto! Si deseas que baile contigo, cambia de conversacion.

—¡Ah! no puedo, ¡es tan consolador comunicarle á otra persona sus penas!

—Mejor fuera que no se las comunicaras á la crédula de Angela.

—Máscaras, les dijo otro del grupo, parece que están vdes. mas ocupados de sí, que del baile: vdes. siguen; anden, no creuden la figura.

—Esto hizo reflexionar á Diego lo que observaban, y se sintió avergonzado: pasó la figura, y volvió con disimulo á su conversacion.

—Vamos, dime, ¿qué, serias insensible á los votos y los honestos sentimientos de un amante que se hallase ciegamente apasionado de tus gracias; que fuese víctima de tu indiferencia ó desprecio; que sin descanso suspirase por poseer tu noble corazón? Señorita, ¡por el cielo pido á vd. en este momento prudencia! Sea vd. indulgente, sea vd. compasiva: no puedo disimular mas, no soy su primo de vd., soy aquel á quien vió en la Calenda y á quien desahogé en el baile de aquella noche, de odioso recuerdo: demasiado conoceré vd. lo que sufro, y á cuánto me he aventurado para lograr hablarle: no tengo ningún título por el que suplicar á vd.; pero si mi infortunio y amor no son bastantes, invoco su inocencia para que se apiade de un hombre, cuya mayor desgracia será la indiferencia de vd.: le pido por último que vea por mi agitacion el tormento de mi alma, y que generosamente me perdone el arbitrio de que me he valido para hacerla presente la horrible situacion en que me hallo. ¡Ah! la belleza ha estado siempre unida á la compasion; ¡qué no la obtendré de vd.!

Al oír Matilde semejante declaracion, cuando vió que con quien bailaba no era su primo, se sintió como humillada y llena de vilipendio: creyó que todos la advertían ultrajada, y el sentimiento de verse así, y como nunca, la llenó de indignacion. La abrumaron mil ideas terribles que sugieren el recato y el orgullo, cuando son heridos y se cree que lo son públicamente.

—Vd. podrá inferir, le dijo é Diego, el juicio que forme de un hombre villano y que ha acreditado que tiene dos caretas: consulte vd. á

su corazón si puede ser noble cuando se ha valido de la impostura y ha abusado doblemente de un amigo, y del candor de una incauta joven: por esto conocerá vd. si alguna vez puedo dispensarle otra cosa que mi mas justa indignacion, y aun con esto creo honrarlo. Léve-me vd. á donde se halla mi mamá, pues no me es posible estar mas con vd., y si no quiere sufrir que haga público su atrevimiento, escuse vd. volverme á ver.

—Señorita, vd. me llena de despecho, vd. . .

—Pues si vd. no me lleva, me iré sola.

—Escúcheme vd., y corte un escándalo, age-no de su educacion. . . Señorita...

—Ya es demasiado: un hombre como vd. no tiene derecho á implorar nada; por último, no quiero ver á vd. mas.

Dicho esto, Matilde se fué y dejó á Diego en una verdadera agonía, maldiciendo su estrella, y poco faltó para que renegara hasta del día en que habia visto la primera luz. Los del grupo de bailarillos, al que pertenecía la pareja, creyeron que eran dos amantes á quienes alguno celo habia desconcertado. Esto dió lugar para que despues algunos máscaras fuesen á aumentar en Matilde y Diego el mal humor, y que ambos se arrepietiesen de haber asistido á semejante baile.

Cuando se serenó Matilde, comunicó á su mamá lo que le habia pasado, y ambas se dispusieron á salir. Diego lo advirtió, aunque de lejos, y se puso en la puerta para decirle tal vez un último adiós á la que con tanta severidad habia rechazado su corazón, que mas y mas la adoraba. Pasó Matilde, y volteó la cara para el lado opuesto en que se hallaba Diego: bien se deja conocer cuánta era la indignacion de Matilde.

Así terminaron las halagüeñas esperanzas que habian concebido en el baile el desolado Diego: Martín se lo llevó, y en el camino ni una palabra le respondia su amigo. Cuando éste llegó á su casa estaba sin aliento: sus ojos despedían fuego, y su palpitation era violenta: tenia una fuerte calentura. Martín, siempre diligente por la salud de su desgraciado amigo, lo recató á la muerte. Despues de algunos dias que podia caminar, dispusieron ambos un viaje á San Luis Potosí, para ver si así desechaba la loca pasion que lo devoraba, y las funestas ideas que contra sí mismo tenia. En el tránsito á San Luis, y en esta ciudad, nada se avanzó: cuidados de familia en Diego los hicieron regresar pasados dos meses. Cuando estaban cerca de México parecia restablecerse. Siempre estaba su ardiente alma ocupada de Matilde y su conversacion sobre ella se aumentaba, cuando entraron en esta ciudad. Antonio estaba de regreso tambien, y éste impuso á Martín de que la

familia de su prima y ésta le habian hecho varios reconvencciones, y ya no las visitaba: que Matilde concurría frecuentemente al teatro y á otras diversiones, y que tenia varios amantes, á quienes ella desechaba.

Diego todo lo supo; y procuró asistir al teatro para verla, sin ser advertido de nadie. Fácil es concebir, que la pasion de aquel en vez de extinguirse, crecía de día en día, sin que pudiese dirigirse carta alguna, temiendo que en ello solo recibiría mayores desprecios.

## V.

## Tlalpam.

Aux cœurs blessés, l'embras  
et le silence.—Balzac.

En una hermosa mañana de primavera, á la hora en que las brillantes gotas del rocío, aun no se evaporaban por los ardientes rayos del sol, se distinguía entre varios jóvenes alegres que se dirigían á San Agustín de las Cuevas, uno cuya palidez anunciaba toda la escaltacion de su alma, y cuanto en ella sufría: una profunda melancolía estaba impresa en sus facciones, que revelaban el predominio del infortunio. El aire embalsamado que se respiraba, y la vista de la naturaleza que desplegaba sus ricos tapices, en los campos maizizados de esmeralda y oro, con los trigales y demas sembrados, hacían risueña toda la campiña en el tránsito. El cuadro se animaba mas con el gorjeo de los pajarrillos, y al aspecto del gigantesco Ajusco, cuyas laderas verdes y frondosas, y las de toda la cordillera, se dibujaban en un fondo de un azul oscuro que estasiaba la imaginacion. Diego se entregó á sus favoritas contemplaciones. ¡Oh, cuán alegre y lozana, se decía, está la naturaleza! Todos los seres respiran el placer y el contento: solo yo, yo á quien mi niñez presagiaba para la ventura, tengo marchitado con tanto rigor mi corazón, como acaso no lo serán esas flores cuando el invierno las doblegue; porque esas flores tuvieron su primavera y otoño, y al menos un día el aura las mecía apacibles en el campo que engalanaban. ¡Ah, Matilde, cuán grande es la impresion que me hace el recuerdo de tu imagen en estos lugares!

La llegada de nuevos amigos distrajeron á Diego, quien en conversaciones sobre diversos objetos generales, continuó así hasta llegar á Tlalpam. Innumerales personas ocupaban ya la ciudad, y multitud de carruages y caballos de los que llegaban, obstruían el paso por todas partes. Diego pasó por la plaza con la indiferencia del que el tedio ha embotado sus gozecs: todo lo veía con repugnancia, y como horquilla el juego, las partidas aumentaron su disgusto.

Condescendió al fin con sus amigos en jugar; pero luego conoció que no debía perder el concepto y el tiempo, y en vez de distraerse se hallaba más enfadado. El y Martín se retiraron, y fueron á hacer algunas visitas, á pasear por las calles, y á algunas huertas: en la tarde se dirigieron á las *Fuertes*, lugar pintoresco en donde hacen unos hermosos verientes de una agua cristalina que fertiliza el pueblo, y sus alrededores: en seguida pasaron al Calvario. La tarde estaba hermosa: era una de esas tardes de un día caloroso, y en las que se respira un ambiente suave y perfumado: aquel sitio contribuyó un poco en calmar el malhumor de Diego: la concurrencia estaba brillante, como último día de Pascua: los górros y los trages de paseo de las señoras hacían la escena romanesca y variada: diversas parejas de ambos sexos bailaban: la música aumentaba el contento. Estaba Diego como siempre, indiferente, cuando pasó junto á él Matilde, valiendo con un extraño: su inesperada vista causó en él una terrible conmoción que lo demudó, no sin ser advertido de los que lo rodeaban; pues su pasión por todas partes lo traicionaba, al paso que procuraba disimularla. Concluido el vals, se puso una contradanza, y pendiente como estaba de Matilde, vio que la tomó del brazo su primo Antonio, quien desde el día antes se había reconciliado con ella y su familia. Esto le dió alguna esperanza.

Diego se acercó á donde estaba Antonio con su compañera: el segundo saludó á aquel, y Matilde le dirigió una mirada llena de frialdad.

—Diego, le dijo Antonio en un intermedio, ¿qué, no baila vd.?

—La fortuna me niega hasta este placer inocente: ¡con qué seriedad me lo hizo espíar la vez última que bailé!

—Antonio, estoy muy fatigada, y quiero descansar: acompáñame á mi asiento, dijo Matilde á su primo.

—A la verdad, que me parece no lo estás.

—Señorita, es otra cosa mas bien que fatiga lo que vd. tiene: permítame que me tome la libertad de hacerle esta advertencia.

—Caballero, créi que hubiese vd. adelantado algo, si no en urbanidad, al menos en prudencia, desde aquella noche, que no lo olvido.

—Dejemos esto, Matilde, bueno es que tu recato lo llevas hasta el extremo; pero no que reterdes lo que, te he dicho, fué un acto inocente. Amigo, dirigiéndose á Diego, disimuló vd. á mi prima, que no acaba de conocer la sociedad.

Diego se retiró, para que no dejase de bailar su amigo. Antonio le dijo á su prima cuánto convenía á su educación y seso, tratar á Diego

con cortesía, ó cuando no, con indiferencia, sin que fuese necesario el despreciarlo. Matilde, que no tenía bastante trato, y que por otra parte era ingenua, espresaba que no le era posible ni aun así hablarle á Diego, á quien no aborrecía; pero sí, que no le tenía ninguna afición. Terminó la contradanza, y una hora despues el baile.

Martín y Diego se retiraron, demasiado abrumado el segundo y lamentándose de su suerte: pasaron á hacer una visita, y allí, interin que llegaba la hora del baile, estuvieron en conversacion, siendo Diego el objeto de la broma de las niñas por su melancolía ó *romanticismo*, como ellas le decían. Se divertían así, cuando vino un recado que no oyó Diego, para la dueña de la casa, de parte de la mamá de Matilde, en que le decían, que la esperaban con las niñas, para que fuesen juntas al baile, segun se lo habían ofrecido.

Como sucede frecuentemente, no había quien llevase á la familia al baile, pues los hombres de casa estaban en las partidas de juego, ó tenían que acompañar á otras señoritas. Así es que Diego y Martín, que no jugaban, lo hicieron cuando el primero advirtió el compromiso de llevar al baile á unas señoras, no dejó de incomodarse interiormente; pero cuando entró en la casa de Matilde y estuvo en su presencia y con unas señoras, sintió morir, y solo el compromiso de no incurrir en una grave falta, por una parte, y por otra el no descubrirse, lo hicieron sujetar á tan dura posición. Muy espresivas corrieron Matilde, sus hermanas y mamá, á saludar y recibir á sus amigos; y sin embargo de que Matilde se sorprendió al ver á Diego, no pudo menos que corresponder al saludo de este, usando con Martín de alguna afabilidad. Ya habían dado las diez, y todavía Matilde no se decidía á ir al baile, poniendo diversos pretextos por vez si llegaba alguno que la llevase, y no tener tal vez que ir en el mismo coche con Diego. Las demas personas no estaban por demoras; y aunque con algun disgusto de Matilde, se dispuso le ida, y por mas que ella quiso escusarse, tuvo que tomar el brazo de Diego, con la otra señora que antes había traído.

Diego, que ya estaba mas desembarazado, consideró fácil bailar con Matilde, y en el camino le pidió una pieza de baile.

—Caballero, le respondió Matilde, todas las tengo dadas desde esta tarde.

—Pero si alguno no se acordase de la que le corresponde, ¡bailará vd. conmigo!

—Es difícil que haya quien se olvide: figúrese vd. que desde México estoy comprometida á bailar con varios, y ni recuerdo sus nombres.

—Sí, bailarás alguna pieza con el señor, dijo una de las señoritas que las acompañaban.

—Es que tambien cuento con el favor de vd., repuso Diego, para mayor seguridad en que esta señora se interesase por él.

—Con mucho gusto, Diego, pues ya vd. sabe que me agrada divertirme, y no soy como esta niña tan escrupulosa, creyendo que sus compañeros serán puntuales.

Bajaron del coche, y Diego tomó del brazo á una de las señoras y á Matilde. Martín hizo lo mismo con las otras, y entraron á la plaza, que estaba demasiada concurrida; ya había comenzado el baile: apenas llegaron, cuando se les acercaron algunos jóvenes suplicándoles que bailasen con ellos.

Matilde estaba encantadora como nunca: su traje era de rica blonda, con un fondo de raso blanco, y peto de terciopelo turquí: al rededor del corpiño, en la parte superior, tenía por enlage una blonda bordada de oro, y en medio un broche con una miniatura circundada de brillantes: su cuello esbelto estaba adornado con una hermosa cadena de oro, escogidos diamantes resplandecían en su cabeza, cuyo peinado era sencillo y elegante, cayendo á un lado hermosos bucles, negros como el ébano. Un esquisito ramo de flores de mano, se hallaba colocado en la cabeza y dividía su bello fleco del resto del peinado. No se sabía qué brillaban mas, si los diamantes que le adornaban ó sus ojos, cuyas miradas eran vivas como el fuego: en sus facciones, se imprimía una sonrisa apacible y espresiva que les daba un aire de ternura y amor, mezclado de cierto orgullo, que sin ofender imponía é interesaba á la vez. Todo anunciaba una alma ardiente que cautivaba á la primera mirada, y que atraía las simpatías mas respetuosas de todos.

Diego recordó su súplica á Matilde, quien se escusó con decirle que seria despues, porque el joven que la iba á sacar, era uno de los que se habían anticipado desde México.

Mas al fin salieron juntos á bailar unas cuadrillas: se deja entender que no sin repugnancia, y un grande compromiso por parte de Matilde. Diego disimuló, creyendo obtener alguna concesion. Mientras que bailaban y en los intermedios, pasó este diálogo.

—Señorita, le dijo, ¿cuántos sacrificios para lograr el placer de bailar con vd.?

Matilde nada respondió.

—¿Qué, á mas del desden con que me ve vd., tambien me castiga con su silencio?

—¿Qué quiere vd., si estoy tan fatigada?

—Pero creo que no ha de ser tanto, que le impida dar algun consuelo al mas desolado y constante de los amantes.

—Señor, repito á vd. por última vez, que puede escusarme la fuerza de escucharlo; si su conversacion tiene por objeto lo que mi cora-

zon no puede otorgar, no haga vd. me arrepiente de haber condescendido á bailar con vd.

—Señorita, si vd. por un momento suficiese lo que yo, no me negaría la esperanza de su ternura, y si no por amor, al menos por compasion.

—Deberia vd. tenerla, para no ponerse vd. y á mi, en el espectáculo del ridiculo. Tan pronto sea borrado de su imaginacion la escena de la Moneda?

—Todo se me borra, menos la celestial belleza de vd., que conservaré impresa en mi alma, aun á precio de mi existencia.

—Vea vd., señor, procure alejar mi imagen de su memoria: yo no puedo, me es imposible, absolutamente imposible, corresponder á vd.: ninguna simpatía le tengo; conozco el matrimonio que esta franca declaracion le causa; pero me es forzoso hablarle con esta ingenuidad. El sentimiento único que puede hallar en mí, es que sea vd. feliz con otra, digna de su amor.

—Matilde, es vd. muy cruel, escesivamente cruel.

—Señor, dejamos esto, pues debe darse por terminado.

—Matilde, vd. desmiente las gracias y los dones que la naturaleza pródiga le concedió: vd., ya lo sé, tiene todas las virtudes, menos la de la compasion; ¿quién creeria que ese corazon casto y noble de vd. es mas bien de bronce? Se ha esforzado vd. demasiado en colmarme de desprecios, y en cubrirme de baldon. No créjamas que el candor se pudiese hermanar con la indolencia. No quiera el cielo que vd. algun día experimente las sensaciones que me causa lo estúril que es en su corazon el enternecimiento.

—Caballero, mi condescendencia en bailar con vd., no lo autoriza para que falte á las consideraciones que se deben á una señora: me retiro, demasiado escarmentada, y puede vd. complacerse con haberme hecho conocer por la segunda vez, hasta dónde llega la importunidad mas desagradable.

—Matilde, ¡vd. siempre la misma?

—Siempre la misma, para vd. Antonio estaba desfigurado.

Despues de haber dicho aquellas palabras, Diego se sentó en un lugar apartado.

Conoció Diego que Matilde era inflexible é invariable en sus resoluciones.

¡Horrible estado el de un amante, que cuando mas intenta alejarse del objeto adorado, mas se adhiere á él! Cuando se ama noblemente, la agitacion producida por el desprecio de quien se idolatra, se convierte en vehementes emociones de ternura á favor de ese mismo objeto. Nunca ha sido mas sincera la indulgencia de una pasión sino cuando se le corresponde con des-

denes el amor que prodiga. Cuanto mas despre-  
ciaba Matilde á Diego, mas y mas éste la ama-  
ba. Bailó despues aquella con otro á quien re-  
putó feliz por solo esto. Veíala aquel deslizar-  
se en el vals llena de entusiasmo y con la son-  
risa del placer, mientras que él lloraba en secre-  
to y sentía lacerada su alma. «¿Qué, he ve-  
nido, se decía, á ser testigo del gozo y triunfo  
de los que Matilde hizo mis rivales, cediéndoles  
el honor de que fuesen sus compañeros de ba-  
le en una noche! No le bastaba haberme ne-  
gado su corazón, sino que ha querido humillar-  
me á la vista de mil ojos curiosos! ¡Oh! mas  
valia no hubiese conocido esa muger, emblema  
doblemente funesto de hermosura y de rigor.

Martin, amigo, abandonemos este lugar de  
crueltes recuerdos: vámonos de aquí, que deseo  
desahogar-me; un peso me oprime, y la respira-  
ción me falta.

—¿Qué! siempre desgraciado?

—Siempre.

Los dos amigos salieron, y Martin tuvo que  
volver para llevar del baile á las señoras que  
habían traído juntos. Entre aquellas hubo al-  
gunas que al retirarse le preguntaron por Die-  
go, á quien disculpó bajo el pretexto de haber  
tenido una indisposición.

Cuando Martin llegó, ya Diego se disponia á  
partir en coche para México. Antonio tam-  
bien regresó con Diego, á quien procuró con-  
solar en su abstinencia; pero á nada contestaba,  
y y sus dos amigos respetaron su silencio  
y afición.

La luna derramaba su apacible luz, escitando  
mas la melancolía de Diego. El silencio no  
era interrumpido en el interior del carruaje,  
mas que por los prolongados suspiros de aquel  
amante á quien la fortuna se complacía en ator-  
mentar. Cuando el desgraciado ha sufrido un  
golpe reciente, no hay mejor consuelo que la  
soledad y el silencio. Antonio conocia toda  
la pureza del alma de Diego, y consideraba á  
su prima como la jóven mas estraña y singular,  
sintiendo que ella no hubiese acogido con al-  
guna afabilidad los sentimientos de aquel.

La familia de Matilde permaneció despues  
de las funciones en Tlalpam. Antonio volvió  
á esta ciudad al siguiente domingo, sin pasar  
á la casa de aquella.

La tarde de ese dia estaba hermosa, y con-  
vidaba á hacer un paseo por las colinas y bos-  
quecillos inmediatos. La familia de la casa en  
donde se hallaba Antonio y varias señoras que  
se encontraban allí reunidas propusieron el pa-  
seo. A su regreso entraron á una huerta, en  
la que estaban Matilde, su mamá y otras per-  
sonas. Luego que se encontró Antonio con  
ellas las saludó; pero á su prima con cierta  
frialidad: pasados los primeros momentos des-

pues de los saludos y espresion, Matilde dijo  
á su primo, separándose de la concurrencia:

—Antonio, ven á ver una hortencia muy  
hermosa.

En seguida la tomó del brazo, y fué á don-  
de estaba la flor.

—Te veo, le dijo Matilde, muy serio, y me  
parece demasiado estraño tu conducta respecto  
de mí.

—No, por cierto, pues con personas que  
manifiestan un corazón empedernido, pro-  
curar estar distante de ellas.

—Ignoro á qué aluden tus palabras, cuando  
contigo jamas he desmentido las atenciones re-  
cíprocas de nuestras familias.

—Bien sabes que me pospongo siempre pa-  
ra aceptar consideraciones, que solo apetezco  
para las personas de mi estimación.

—Irregular proceder, cuando parece que te  
olvidas de tu prima.

—Tan incesante es eso, que no querria, sino  
oir de tí aplausos repetidos en vez de murmu-  
raciones.

—Cualquiera que sea mi conducta, estás á  
cubierta de ellas.

—Pero con la diferencia de las que prestan  
fundamento para formar una idea, si no de inci-  
vidad, de . . .

—¿Antonio! nunca creí merecer de tí tan a-  
margas espresiones.

—Has debido comprender, y así lo he ad-  
vertido, por mas sagacidad que hayas usado en  
ocultármelo, que cuanto te he hablado es relati-  
vo á Diego. Has sido demasiado injusta y  
cruel con éste: te has encaprichado en no que-  
rer conocer su corazón sincero, y que la hon-  
radez de sus sentimientos solo puede compe-  
narse con la pasión que te tiene. Las jóvenes  
es verdad que deben ser recatadas; pero no ri-  
diculas, y que no degeneren en un insufrible  
orgullo: deberías haberlo tratado con urbanidad  
y franqueza, y sin que tu recato por esto se re-  
sintiese. Nadie es capaz de amarte como él, y  
si no tiene grande fortuna, cuenta con lo bastan-  
te para hacer á cualquiera muger feliz. Yo,  
que lo conozco, no puedo resistir al deseo de  
verlo unido á tí. Reflexiona en cuanto te di-  
go, y estudia su corazón: algun dia tal vez te  
arrepentirás de la indolencia y severidad con  
que lo has tratado. Cualquiera, que no fuese  
tú, habria sabido apreciar su accion caballeres-  
ca, de no seguir oculto en el baile de la Moneda,  
lo que prueba sus pundonorosos sentimientos.  
Si porque cumplo con los deberes de la amis-  
tad te fastidias, no volveré á presentarme en  
tu casa, pues no vacilo entre un amigo desgracia-  
do y una prima que da una idea desfavorable  
de la nobleza de su corazón y dignidad de su  
seco.

V.

EL 15 DE JULIO.

«Aux cœurs déshabitués que la vie est amer!  
Déjà mort en bonheur, au monde, à l'avenir,  
Pour qui vivrais-je encor, moi qui n'ai plus de mère  
Vivrais-je pour souffrir?—Léon.

Pasados ocho dias, se encontró Diego en mi-  
sa con Matilde, á quien habia procurado no vol-  
ver á ver. La halló mas hermosa en el tem-  
plo, como azucena cuya fragancia embelesa la  
imaginación, y embriaga los sentidos al pasar  
junto á ella: pura y casta como el primer sue-  
ño del niño: animada y espresiva, como si hu-  
biese nacido de la imaginación de Rafael. Die-  
go la vió y suspiró. No quiso quedar privado  
del retrato, ya que el original tenia de él, y den-  
tro de breves dias lo obtuvo por medio de una  
gratificación á un buen artista: su pasión iba en  
aumento, al paso que hallaba en Matilde la mas  
obstinada oposición. Vivía con la idea de sus  
amores, si; pero víctima de recuerdos dolorosos  
y sin esperanzas. Le llenaba de hastio su vida,  
que era una prolongada agonía: carecia hasta  
del consuelo de su amigo Martin, que se habia  
ido á Puebla.

Habían transcurrido cuatro dias, cuando una  
mañana se sintió gravemente agitado, pensando  
en Matilde: casi frenético, no pudo resistir al  
deseo de escribirle, pues pensaba hacer un via-  
je á la Habana. Tomó, pues, la pluma, y bor-  
ró varias veces lo que escribia: al fin le dirigió  
una carta, que contenia los conceptos siguientes:

«En medio de la felicidad que rodea á vd.:  
cuando ya no tengo que invocar para ser oído;  
y cuando no me queda ninguna esperanza, aven-  
turo esta carta, á una cierta indulgencia de parte  
de vd.: disimíleme que venga la última vez  
á importunarme: he querido vencerme; pero en  
vano lo he pretendido. ¿Ni qué podia la reflec-  
sion, contra el amor inspirado por una pasión  
noble y ardiente? Esta pasión concede, y vi. me  
huye, vd. no ha querido comprender mi cora-  
zón; pues bien, terminaré el motivo que tanto  
la mortifica. Me voy á alejar de su vista y de  
mi patria. ¿Será para borrar su imagen de mi  
alma? Inferálo por la vehemencia con que he  
aspirado á su compasion. El sacrificio que ha-  
go á su reposo, es el único medio de adormec-  
ion que me permite vd. le tribute. Cualquiera que  
sea la distancia y posicion en que el destino me  
coloque, las palpitations de mi pecho no ten-  
drán otro objeto mas de vd. Sin porvenir y de-  
solado, abandono mi existencia á la fuerza ir-  
resistible del infortunio. . . . ¡Tal vez será in-  
demnizado de su rigor, si un dia recuerda, que  
mi amor hacía vd. nadie le escedió, y que no  
hay poder que pueda extinguir su exaltación!  
Agobiado con su despecho ¡por qué vivir?»

Matilde no pudo dejar de recibir y leer esta

Conforme iba hablando Antonio, el semblan-  
te de su prima se demulaba, pintándose en él  
la sorpresa, el dolor, y cierta repugnancia para  
oir semejantes espresiones: las mejillas de ella  
se encendían y descoloraban alternativamente:  
un momento despues rodaron por ellas dos co-  
piosas lágrimas, que brillaron heridas por un  
rayo del sol poniente, que penetró al través de  
las espesas ramas de una mosqueta. En me-  
dio de tantos árboles frondosos y llenos de ver-  
dor: á la vista de mil hermosas y variadas flo-  
res, cuyos aromas embalsamaban el ambiente:  
al aspecto de tanta poesía, que la aumentaban  
el movimiento suave de las hojas de los árbo-  
les, el murmullo de las fuentes, y el canto de  
los pajarillos para despedirse del dia, Matilde  
estaba interesante, é inundada un sentimiento  
de ternura: llena de agitación y como pro-  
curando reprimir lo que sentía en su interior,  
exclamó con acento dolorido:

—Oh Antonio! estás muy exaltado; y cuán  
distante me hallaba de esperar de tí tanto ri-  
gor.

Conmovido su primo por la impresion que  
su lenguaje habia causado á Matilde, le con-  
testó:

—Perdóname, pues no he querido aligirte:  
mi deseo es que conozcas cuánto has ofendido  
á mi amigo con ese desprecio con que lo has  
tratado. Matilde, disimula el acoloramiento  
que profeso á uno de los mejores hombres que  
he conocido.

Matilde quedó pensativa y silenciosa: para  
serenarse y que no fuese advertida su com-  
moción, se fueron del brazo por una calle de ár-  
boles hasta una fuente: allí llegaron despues  
otras personas de la concurrencia, y se dispu-  
sieron todos á retirarse. Antes de dejar An-  
tonio á su prima le dijo:

—Me voy, porque ya es tarde, y tengo esta  
noche un negocio urgente en México: desecha  
el disgusto que te aflige, y nunca olvides que  
te deso: una tranquila felicidad.

—Mañana nos vamos, y no omitas el verme:  
yo quisiera que nadie supiese de la conversa-  
cion que hemos tenido.

—Matilde, diviértete, mientras hay algu-  
no que piensa en tí, y está abrumado de pesa-  
res.

Las familias se regresaron á sus casas, y An-  
tonio despues de despedirse de todos, se volvió  
á México, pensando en Diego, á quien ocultó  
lo que habia pasado, tanto porque así se lo ha-  
bia pedido su prima, como por evitarle á su  
amigo el tormento que le causaria la indife-  
rencia de aquella.

carta: su corazón al fin se mostró conmovido á su lectura. Una lágrima se desprendió de sus ojos y cayó en el papel. Despues, como avergonzada de su debilidad, y como reprendiéndose á sí misma, guardó la carta, que intentó ajarla y aun devolverla; mas luego suspiró, y Diego se le presentó á su imaginación.

—¡Pobre! exclamó, al fin él llora y me ama y es tan desgraciado; pero ¿para qué se habrá fijado en mí? ¡Ah! sí él me olvidara... si ama, se á otra. quedaría yo tranquila....

Una mañana, el criado de Diego le anunció con la mayor sorpresa que había un pronunciamiento, y que el palacio y otros puntos estaban ocupados por los sublevados. Amigo entusiasta de la verdadera libertad, odiaba los partidos, que todo lo proclamaban á la vez para el engrandecimiento de algunos, y para encubrir sus miras ambiciosas, prosituyendo en su lucha la causa mas sagrada del mundo: esto le hacia no ver con buen aspecto la revolucion; mas no sin que se dejase advertir en su fisonomía un pensamiento sombrío, que revelaba cierto júbilo que su desesperación le inspiraba.

A la una y cuarto de la tarde, salía de Palacio una columna: se hacia notar en ella un joven, cuyo aspecto era á veces melancólico y alegre, á veces reflexivo y resuelto: preguntábase quién era, y no se sabia su nombre: en rango y maneras indicaba que era una persona decente, interesando desde luego. No manifestaba entusiasmo, no hablaba una sola palabra, y solo antes de partir se le vio examinar su fusil, y pedir una parada mas de cartuchos.

Un soldado que distaba algunos pasos de él dijo:

—¿Qué, viene este *catrin* con nosotros? pronto abandonará las filas.

Un viejo granadero del 50 de infantería replicó:—Este caballero no corre, y morirá en su puesto; porque parece que no es de esos que se sirven de nosotros para subir y lo defenderé y lo cubriré con mi cuerpo: quien lo insulte, pagará con la vida su atrevimiento. Todos callaron, y el joven dirigió al granadero una mirada de gratitud que éste comprendió.

Marchaba la columna, y el joven iba con cierta satisfacción melancólica: parecia uno de tantos valientes que entran al peligro, y mueren en nuestras guerras civiles sin aplauso, sin gloria, sacrificando estérilmente su valor, que haría grande á la patria en una guerra exterior.

Batióse el joven con denuedo, y víesele despreciar su vida, como si nada tuviese que temer. Cuando se retiró la columna, estaba lleno de impaciencia y de furor.—¡Qué! dijo, ¿se nos retra! yo creia que habíamos venido para vencer ó morir.

—Camarada, le replicaron algunos granade-

ros; vd. es un valiente digno de estar entre los del 50.

—Bien sabia yo que lo era, agregó el viejo granadero que le había defendido desde un principio: si así fueran todos esos que nos ponen de oficiales, no nos véramos abandonados en medio de la acción, pues los sargentos quedan á veces mandando, y luego los oficiales son los que obtienen los honores y ascensos. El desconocido se manifestó indiferente á los elogios: los soldados lo atribuyeron al descontento de haberlos mandado retirar. Solo se le vió á aquel despues, pedir un uniforme del 50, y cuando se lo puso los soldados lo victorearon.

Cuando Matilde supo el pronunciamiento, el temor la asaltó, y se le vió triste y en profunda meditacion. Diego, el desventurado Diego, era ya objeto de sus cuidados.

—No sé qué tiene, se decía, este hombre que ya me interesa: cuánto temo por él.... una desgracia, su escaltacion, su despecho.... Pero no, acaso se habrá ido fuera de la ciudad, ¿qué hará yo para saber de él?

Varias veces se le figuró comprometido y espuesto á la muerte.

—¡Dios mio, haz que no tenga algun accidente! decía suspirando, cuando oia los tiros de los fusiles y el estruendo de la artillería.

La mayor ansiedad tenia Matilde por Diego: su corazón, que aun no se decidía á corresponderle, no dejaba de interesarse por él, con ternura y aguiacion. Despues seguia:

—Si estuviese fuera de riesgo, si.... pero no, el cielo lo ha de preservar del peligro.

A las seis de la tarde del mismo día, escuchaba la relacion de un criado, y se llenó de sobresalto al saber habían sido heridos y muertos muchos soldados, y que entre los pronunciados notó un joven decente que manifestaba mucho valor, y le parecia haberlo visto alguna vez con Antonio, primo de Matilde. Esta no pudo contener el llanto, y quedó sumergida en el mayor pesar: desde entonces se le vió muy abatida y llena de zozobra. Un día recibió el joven una herida en un brazo, que sin embargo de ella, se obstinaba en no retirarse del punto en que estaba, hasta que por el mal aspecto que ella presentaba, se separó á instancias de su jefe, y no sin violencia: mucho sintió no haber salido en la partida que fué derrotada en San Lázaro por el 80 de caballería, y á pesar de que aun no se hallaba restablecido, formó con los granaderos y cazadores del 50, que asaltaron en la noche del 22 (1) la trinchera de la esquina de la calle de San Agustín y Monterilla: el asalto fué sin éxito: la mayor parte de los que lo em-

(1) Boletín Oficial del gobierno núm. 4, del 3 de Julio de 1840.

prendieron pagaron con la vida su arrojo: los demás quedaron heridos. El fuego era terrible: una lluvia de balas cubria las calles de la Monterilla, que permanecian iluminadas por mucho tiempo con el fogonazo de los fusiles y el de las piezas de la trinchera. Se presentaba la escena mas espantosa, y entre los gritos de desesperacion de los combatientes, y los clamores de los heridos, se oia el estruendo de las armas que despedian la muerte por todas partes: reinaban el espanto y la desolacion, y los que habitaban las casas, cuyas calles eran el teatro de la guerra y carnicerías, estaban en el mayor tormento.

Estas escenas de terror tenian en vela á varias familias; habia una cuyo padre estaba en cama, y por esto no pudo salir de esta mansion horrible, y aunque sobrecogida de temor, no olvidaba sus sentimientos de humanidad, que mas se escitaban con tan lamentable cuadro. Se habia prevenido al portero, que los heridos que pudiese los metiera á la casa para auxiliarios.

El fuego y el combate se habian aumentado con el mayor encarnizamiento. La mayor parte de la familia se hallaba para mas seguridad, en los bajos de la casa: se notaba en una joven mayor aguiacion que en las demas personas: mas cuando oyó en la calle una voz perceptible que decía: "*¡Adentro, compañeros: avancen: adelante!*" se puso frenética, é intentaba salir. Despechada y como fuera de sí gritaba: —¡Dejadme, quiero salir! Los de la familia y los criados la contenian: en esto, un tiro de cañon con metralla, echó por tierra algunos soldados de los que avanzaban por el lado de la acera de la casa. El zahuán estaba abierto con el objeto de socorrer á los heridos que se pudiese: ya se iba á cerrar para evitar que la joven saliese, á la vez que un soldado traía con precipitacion á otro, herido mortalmente: llévasele á un cuarto, cuando á la vista de la joven hizo un esfuerzo para dirigirse á ella: luego se detuvo, y como sobrecogido de sorpresa y de temor quiso echarse á sus piés, y con voz casi estinguida y en una tierna actitud le dijo:

—¡Ah, Matilde!....yo....¿cuánto amo á vd....!

—¡Diego! exclamó Matilde, dirigiéndose á él con los brazos abiertos, en una situacion dolorosa, y en medio del mas espantoso frenesí: ¡Diego, en qué estado os veo, perdonad mi crueldad!....¡Oh, Dios mio!....¿Cuán desgraciada soy!....

Diego estaba en los brazos de Matilde, cubierto de sangre, y su semblante de un sudor frio: tenia su vista fijada en ella, á cuyo aspecto parecia reanimarse: hizo un ademán de hablar, y solo pudo con dificultad sacar de su se-

no un retrato de ella, que pendia de su cuello, y dirigióle una mirada en que estaban reconcentrados su amor y su ternura, é inclinó su cabeza en el seno de Matilde para no levantarla mas....

Seis días despues, pasaba por las calles de Plateros y San Francisco, para el panteon de San Fernando, con grande acompañamiento, un féretro: era el de la infeliz Matilde....

México, Enero de 1844.

D. REVILLA.

### SONETO.

Allá en antiguos tiempos se creía  
Que en el infierno oscuró y tenebroso,  
Condenado á un suplicio tormentoso  
Uno llamado Tántalo existía.

De sed muriendo junto á sí veía  
La linfa clara de arroyuelo hermoso,  
Y al acercarse al manantial rubioso,  
El agua pura de su labio huía.

Así ¡oh Carlot! á amarte condenado,  
Te miro cual sediento al agua mira,  
¡Será que nunca, nunca me has amado!

Escucha por piedad mi ronca lira,  
Y mitiga el martirio que has forjado  
Al hombre que por tí de amor delira.

M. M.

### GALERIA DE PINTORES ESPAÑOLES.

ALONZO CANO.

Si ha habido entre los españoles un artista que pueda ponerse en paralelo con Miguel Angelo, si no por la naturaleza del genio, y la grandeza de las obras, ni menos por la generalidad de sus talentos, es Alonso Cano, quien abrazó las tres artes que se llaman bellas, y fué pintor, escultor y arquitecto.

Alonso Cano nació el 19 de Marzo de 1601, en Granada, donde estaban establecidos sus padres Miguel Cano y María de Almanza, ambas naturales de la Mancha. Su padre, especie de carpintero que habia perfeccionado su oficio, hasta convertirlo en un arte, era propiamente lo que se llama ensamblador de esa clase de adornos de arquitectura de que se compone un altar de las iglesias españolas. Enseñó al joven Alonso los primeros elementos de su oficio, es decir, un poco de dibujo arquitectónico. Despues se dedicó á desarrollar sus bellas cualidades naturales, estableciéndole en Sevilla en medio de los maestros que fundaban la escuela de esta Atenas andaluza: Alonso en breve se creyó capaz, no solo de ensamblar un retablo como su padre, sino de construirlo enteramente con sus columnas, sus estatuas, y sus cuadros,

como lo habían hecho Berruguete y Becerra; quería el solo ser el arquitecto, el escultor y el pintor. De esta manera se hizo triplemente artista. Por una circunstancia singular estudió la pintura con Francisco Pacheco, que fué maestro de Velazquez, y con Juan del Castillo, que fué el primer maestro que tuvo Murillo cuando era muy niño. Las lecciones de escultura las recibió de Juan Martínez Montañez; mas como inmediatamente se separó de la manera de este artista; como en todas las obras de su cincel mostraba tanta simplicidad de actitudes, una nobleza de formas y una verdad en las proporciones, que hasta entonces había sido desconocida, se cree con fundamento que Alonso Cano estudió algunas estatuas griegas que se encontraban entonces en Sevilla en el palacio del duque de Alcalá, llamado *Casa de Pilatos*, á menos que se suponga que su genio le hizo adivinar lo antiguo.

Después de haber ayudado algun tiempo á su padre en los trabajos de que estaba encomendado, concluyó Alonso Cano por sustituirlo enteramente, y pudo entonces realizar el ensueño orgulloso de su juventud: así fué como acabó en 1633 el altar mayor de la iglesia de Lebrija, una de las obras mas hermosas en su género, y por la cual recibió además de 3.000 ducados, precio ajustado, 250 ducados de gratificación. En este retablo se admira sobre todo la estatua de la Virgen con el niño en los brazos que está en el nicho principal. A esta época y en la fuerza de la edad y del talento, mientras que Velazquez habitaba Madrid, y Murillo, todavía niño, comenzaba á borrar virgenes de paotilla para México, y otras ciudades del Nuevo-Mundo, Alonso Cano estaba á la cabeza de todos los profesores de Sevilla en las tres artes que ejercitaba simultáneamente. Tenía tambien otro punto de semejanza con Miguel Angelo, y era el de ser zeloso y violento en las cosas que tocaban á su arte, y aunque generoso y de escelente corazon, no podia soportar que se le disputase su superioridad. En 1637, á consecuencia de una disputa de artistas, se batió en duelo con el pintor D. Sebastian de Llano y Valdés, y mas hábil que su adversario en el manejo de la espada, le hirió gravemente. Fuele necesario apelar á la fuga. Alonso Cano llegó á Madrid sin recursos, y como Murillo un poco mas adelante, tuvo necesidad de recurrir á la amistad de Velazquez, que regresaba cabalmente de su primer viaje de Italia. El pintor favorito de Felipe VI, procuró á su compatriota la protección del conde duque de Olivares, y en breve Alonso Cano, nombrado pintor del rey, y maestro de dibujo del infante D. Baltazar, fué encargado de trabajos de importancia. Entre otras obras, se le confió la erección del arco triunfal, que se

levantó en la puerta de Guadalajara, para la entrada de Mariana de Austria, segunda muger del rey.

Alonso Cano residió trece años en Madrid, y durante su residencia en esta ciudad fué cuando pintó la mayor parte de los cuadros que de poco tiempo á esta parte, han propagado su nombre y su fama en toda la Europa. En 1643 fué á solicitar á Toledo la plaza de maestro mayor de la catedral del Primado de las Españas; pero no se le concedió á él, sino á Felipe Lázaro Goyti. A su vuelta parece que fué encerrado en la cárcel de corte á consecuencia de los rumores que corrieron de que había hecho perocer á su esposa. Felizmente para su memoria, y á pesar de las acivas diligencias que se practicaban, no se han podido encontrar datos que justifiquen este proceso, que debe colocarse en la clase de los cuentos forjados por los enemigos gratuitos de los hombres de talento; patraña que en efecto apoyaba ese carácter indomable que conservó hasta los últimos dias. En 1647 fué nombrado mayordomo de la cofradía de Nra. Sra. de los Dolores, y prefirió pagar cien ducados de multa, antes que asistir con los gremios de pintores y de plateros, y con los alguaciles de corte. Creyóse humillado con esta última compañía, y desde entonces no cesaron los pintores de reclamar el que no se les reuniera con los alguaciles en las ceremonias religiosas. Luca Giordano en 1665 protestaba como Alonso Cano.

Habiendo llegado á la edad de cincuenta años despues de un viaje á Valencia donde pintó los siete cuadros grandes que adornan la cartuja de Porta-Celi, Alonso Cano resolvió volver á Granada, su país, para ordenarse de sacerdote y acabar tranquilamente sus dias. Una plaza de músico de voz estaba vacante en la catedral, é hizo entender al capítulo que le valdria mas tener en su seno un artista, que en su calidad de arquitecto, de pintor y de escultor reparase y adornase el templo, que la multitud de cantores inútiles que había. Las ventajas eran evidentes, y el capítulo obtuvo un decreto del rey fecha, 11 de Septiembre de 1651, que conferia la *racion* de músico á Alonso Cano, con la condicion de que en el trascurso de un año se ordenaría *in sacris*. Una vez asegurado en su nuevo empleo, é instalado en la gran torre, de la cual se le había concedido el primer piso para taller, Cano no se apresuró á tomar las Ordenes, de suerte que pasó el año, y aun el segundo plazo que se concedió, sin que el pintor hubiese comenzado siquiera los estudios necesarios para ser sub-diacono. Ofendido de tal negligencia el capítulo de Granada, recurrió de nuevo al rey, suplicándole que declarara vacante la prebenda que obtenia Alonso Cano. En

efecto, una segunda cédula real, fecha 29 de Agosto de 1653, declaró que si no se ordenaba, cuando mas tarde en las temporadas, seria declarada la prebenda vacante. Las temporadas llegaron, sin que Cano hubiese tomado providencia alguna: entonces el capítulo le suspendió el sueldo, lo obligó á capitular por hambre, y á marcharse á la corte á solicitar el que se le respusiera. Afortunadamente encontró al obispo de Salamanca, el cual menos rígido y menos timorato que el prelado de Granada, le confirió una capellanía, y le ordenó sub-diacono, sin necesidad de exámen. Removido de esta manera el obstáculo, una tercera real orden, fecha 14 de Abril de 1653, repuso á Cano en su plaza con todos los sueldos caídos, de forma que vivió tranquilamente hasta su fallecimiento, que acaeció el 5 de Octubre de 1667. Se le enterró en el panteon de la catedral.

Esta aventura, que lo ocupó una parte de sus años, puede dar una idea del carácter de Alonso Cano, á la vez estravagante y caprichudo. En todas sus cosas tenia la misma originalidad; así cuando su corazon tierno y compasivo, á pesar de su humor agrio, le inclinaba á remediar alguna miseria, no daba dinero, sea porque estuviese escaso de él, ó sea porque creyese que debia emplear otra moneda; sino que tomaba un papel y una pluma, y trazaba en el acto alguno de estos hermosos dibujos de tinta, ó á la aguada, que hasta hoy se han conservado, y los daba á los desgraciados que habían implorado su piedad, sin olvidarse de indicarles los hombres ricos ó comerciantes que podrian pagar estas cosas á un precio subido. Por lo demas, mostró en toda su vida un orgullo y una delicadeza de artista escésivo. Una ocasion rehusó obstinadamente acabar de pintar el coro de la catedral de Málaga, prefiriendo perder el trabajo ejecutado, porque no encontró quien conociera su mérito, como él deseaba. Otra vez, viendo que se vendia públicamente un *San Antonio* que le había mandado hacer un auditor de Granada, tomó el cuadro y lo hizo mil pedazos delante del dueño. En fin, hallándose en artículo de muerte arrojó á la cara del sacerdote un Santo Cristo que éste le acercaba á la boca, porque notó que era de malísima escultura, y murió abrazado de una simple y tosca cruz de madera.

Como todos los maestros verdaderamente dignos de este nombre, Alonso Cano formó numerosos discípulos, entre los cuales se debe citar en escultura, á Pedro de Mena y José de Mora; y en la pintura á Miguel Gerónimo Ciesa, Alonso Mesa, D. Sebastian de Herrera Barruero, Pedro Atanasio Bocanegra, Ambrosio Martinez, Sebastian Gomez, D. Juan Niño de Guevara, y José Risueño, el último de todos por la fecha.

La mayor parte de los admiradores de Cano, lo consideran mejor escultor que pintor, y él mismo confesaba á sus discípulos que se sentia mas confiado y mas seguro en el primero de estos ramos. Cuando despues de haber pintado toda la mañana con gran esfuerzo y atencion, se sentia fatigado, su manera habitual de descansar era el dejar los pinceles, tomar el cincel y el martillo, y ponerse á labrar un palo. Las esculturas, casi todas en madera, han permanecido en las iglesias de Sevilla, Córdoba, Granada y Madrid, donde con orgullo se enseñan algunas todavia. Como arquitecto, siguió en la composicion de los retablos el gusto de su tiempo, que consistia en un recargo de adornos toscos y sin mucha gracia.

Nos falta ahora apreciarlo como pintor. Si la universalidad de sus talentos puede haber hecho llamar á Alonso Cano, el Miguel Angelo español, no es por cierto el nombre que convendria darle, cuando se limita uno á juzgar sus obras de pintura. Así, pues, se le ha llamado tambien el Albano español: español, porque jamas salió de España, y por consecuencia no recibió inspiraciones de ninguna escuela extranjera; y Albano, porque formando una contraposicion con su carácter, las cualidades que llaman á primera vista la atencion en sus obras, son la suavidad y la gracia; mas tambien reúne otras que pueden notarse con una poca de reflexion. Puede con seguridad decirse que ninguno de sus compatriotas le ha aventajado en la exactitud y seguridad de sus concepciones; ninguno ha dibujado con una pureza mas esquisita, reuniendo á la magestad de las formas antiguas toda la sencillez y verdad de la naturaleza; ninguno ha mostrado aún en las composiciones mas sencillas tanto gusto y tanta armonia; ninguno, en fin, ha comprendido mejor la ciencia del colorido, particularmente en las medias tintas. Lo que sobre todo se admira en Alonso Cano, es la perfeccion tan grande de las ropas, la graciosa inteligencia de los pliegues de los vestidos, que se adivinan siempre las formas desnudas que cubren; y en fin, el cuidado tan perfecto en la difcil ejecucion de las manos y de los pies: de suerte que por este solo mérito pueden distinguirse sus obras entre las de los otros maestros del país. Menos atrevido y menos brillante en el colorido que Murillo; menos fogoso y menos atrevido que Rivera, forma Alonso Cano una especie de justo medio entre estos dos maestros, por la elegancia, pureza y correccion de su estilo. Sus buenos cuadros, tales como los que se hallan en el Museo de Madrid, entre otros *Jesucristo muerto, sostenido por un ángel*, y otros varios que se admiran en los salones de Francia y de Inglaterra, son en su género obras acabadas. (Traducción para el Museo, por M. P.)

## MARIA EN EL CALVARIO.

Las palmas que los hijos de los hebreos habían arrojado á los pies de Cristo, cubrían todavía con su verdura el áspero camino de Betania, y el éco del valle de los Cedros murmuraba los sonidos moribundos de los gritos de triunfo y de gozo con que la hija de Sion había saludado al *Rey pobre*, cuando Jerusalem fué profundamente conmovida por un nuevo acontecimiento de grande y triste importancia.

Los príncipes de los sacerdotes, los senadores y los fariseos, acababan de apoderarse á precio de oro, gracias á una traición doméstica, de un *grande culpable* que, á oírlos, ponía la religión y el estado en peligro. Debía en efecto ser muy peligroso este hombre, porque estos respetables personajes se habían impuesto un ayuno extraordinario para apoderarse de él; y los fariseos, después de haber hecho á son de trompeta algunas limosnas fastuosas por la ciudad, habían ido á dar gracias en el templo por su captura *al que* ha dicho en términos formales: "Aborrezco al impío, que derrama la sangre inocente." Los príncipes de los sacerdotes, los doctores de la ley y los fariseos eran los primeros en puestos y honores, después del presidente romano, que hacía pesar sobre ellos sus fasces, y á quien aborrecían con una cólera profunda. Eran hombres de conciencia que no se permitían maldecir á sus padres, sino absteniéndose de mezclar el nombre bendito á sus maldiciones filiales: su escrúpulo lo llevaban hasta dejar caído á su prójimo en un pozo por no quebrantar el sábado: de tal probidad, que sólo robaban á los incircuncisos: en fin, hombres de tal pureza, que se guardaban de entrar en el pretorio del gobernador idólatra en la víspera de una fiesta; y le arrancaban una sentencia inicua tomando mil precauciones minuciosas para no mancharse con el contacto de su toga romana.

Sin duda el criminal cuyo suplicio pedían alancera y sediciosamente, debía ser enemigo jurado de Dios y de los hombres, cuando habían descendido hasta á seducir al pueblo, que despreciaban profundamente, y á los soldados romanos que tenían en horror, á fin de que su cólera fuese mejor satisfecha. Para libertar mas pronto al país de este *grande culpable*, violaron atrevidamente las leyes y costumbres de Israel; y se constituyeron á sí mismos de acusadores, escaminadores y jueces del presunto reo. Se habrían hecho hasta sus verdugos,

si no hubieran preferido hacerle sufrir un suplicio infame acabado de introducirse en la Judea, y reservado á los mas grandes criminales, á fin de imprimir á su memoria una mancha de lodo, y quitarle al mismo tiempo el honor y la vida.

Gracias á sus instigaciones, ningún hijo de los hombres fué tratado con crueldad tan ingenua ni tan fría bárbarie: el insulto y la violencia no pueden llegar al extremo de lo que se hizo sufrir á este condenado, que parecía una víctima destinada al sacrificio, y que solo oponía el silencio á todas estas indignidades. Se le hundió en la cabeza una corona de espinas, cuyas puntas se hicieron profundas é insostenibles heridas: los desnudaron como á un esclavo; le echaron sobre las espaldas un harapo de púrpura; le pusieron por cetro una caña; y con amargos sarcasmos y genuflexiones risorosas lo saludaron como rey de burlas. Su cuerpo chorreando sangre por los crueles azotes que le habían dado en la columna, no era sino una sola llaga; y su dulce y mesurado semblante manchado con viles salivas, presentaba por aquí y por allí cuajarones de negra sangre que corría de su frente herida, que sus manos encadenadas no podían quitar.... Los príncipes de los sacerdotes, los doctores y los fariseos miraban esta escena con una satisfacción íntima; y estos hombres respetables trataban á la piedad de bajeza de alma.

¿Y quién era este desgraciado, espuesto á semejantes tormentos? ¿Era por ventura un incendiario sorprendido en el acto de arrojar una antorcha encendida en el Sancta-Sanctorum; un bandido arrancado por la noche de las cavernas de las montañas; un sedicioso que predicaba la revolución al través del Asia, y que sublevaba los pueblos contra el César?

No era ni un bandido, ni un sedicioso; sus crímenes eran mas negros, mas patentes, mas irremisibles. Había querido hacer de todos los hombres un pueblo de hermanos, llamando á todos á una gloria inmortal; escogía grandes virtudes, que practicaba él mismo; y había llenado á lo Judea de beneficios. Este reo en que se saciaban tantas pasiones inhumanas, era el Hijo de David, de Salomon, Ezequías, el que había entrado en triunfo en Jerusalem; Jesus, el gran Profeta de Galilea, que había atravesado por la oración popular para llegar al Gólgota.

Cuando los pontífices y fariseos envilecieron

bastante á Jesus á los ojos del pueblo para despojar, si pudieran, la idea de su divinidad, estrechados por la aproximación del sábado, se apoderaron de su víctima, que el procurador romano les entregó con repugnancia; y después de haber cargado con el peso enorme de la cruz sus espaldas sangrientas y despedazadas, con el cabo de las lanzas apresuraban su marcha dolorosa y tardía hacia el Calvario donde iban á crucificarlo.

Olas de espectadores llenaban las calles y plazas públicas; unos con el gozo feroz pintado en el semblante, gritaban en alta voz: anatema al Hijo del Hombre; otros se compadecían de este jóven profeta que no había hecho sino bien por donde quiera que pasaba, y que había sido abandonado y traicionado por los hombres. Mas estas señales de esteril simpatía se dejaban percibir apenas: los buenos ahogaban sus suspiros; los que había mantenido con cinco panes en el desierto; los que había curado de sus enfermedades; los que habían sido el objeto de su amor y de su ternura, se perdían entre la muchedumbre; y ninguna voz se elevaba para protestar contra su suplicio: el apóstol que mas amaba le había negado cobardemente; los demás, á reserva de uno solo, habían huido.

Al bajar penosamente por la larga calle que conduce á la Puerta judiciaria, una muger extraordinariamente bella y que en su dulce y suave figura ofrecía el tipo de la honestidad y del decoro, penetró por la multitud de espectadores: parecía toda absorbida en un dolor inexplicable. Tanto era lo que sufría; estaba tan pálida; sus ojos, que habían derramado sus últimas lágrimas, dejaron caer una mirada tan muerta, tan santamente triste, sobre las llagas espantosas del Salvador, que las mugeres de Jerusalem se pusieron á llorar amargamente, diciéndose en voz baja: ¡Pobre Madre! Maria atravesó el pueblo, que por un instinto de compasión y simpatía le abrió paso. Los fariseos, de corazón endurecido, llenaban de improperios á Jesus, bañado en sudor y espirando de fatiga bajo el peso de su cruz; ella no los oyó: los soldados extranjeros que rodeaban á su Hijo, la hicieron gestos de amenaza; ella no los vió; pero cuando un muro de lanzas con las puntas dirigidas contra su pecho se interpuso entre ella y Jesus, salió de sus ojos grandes y fijos un relámpago que reveló la sangre de David, y su cabeza bella é inspirada tomó tal expresión de grandeza dolorosa, de frío desprecio de la muerte, que los soldados vendidos bajaron lentamente sus armas delante de la heroica y santa muger. Tan ferozes como los había hecho la vida de los campos, se acordaron de sus madres.

¿Y qué madre era esta? ¿Era la madre de Jesus? Maria dirigió sus pasos vacilantes hacia el Salvador: fijó sus miradas llenas de angustia

sobre esta forma humillada, que se arrastraba sangrienta y media desnuda, bajo un muy grave peso; sobre este semblante magestoso, misericordioso y dulce, que hubiera temido manchar con los ósculos de sus labios purísimos; y que hinchado, azuleado y cubierto de asquerosidades y de sangre, casi nada retenía de la imagen del Criador. Maria pasó tristemente su mano por su frente, como para asegurarse de que no era juguete de una alucinación horrible; ningún gemido alivió su corazón; despedazado; ninguna expresión de despecho inició á los espectadores en los misterios de su agonía: solo se creyó que iba á morir; y hubiera muerto en efecto mil veces, durante esta solemne pausa, si *El que mide el viento á la lana de la oveja*, no la hubiera divinamente sostenido. Jesus percibió bien pronto á algunos pasos de distancia esta figura inmóvil y muda; é inclinándose delante de ella su frente encorvada bajo el peso de la cruz, pronunció el nombre de Madre. A esta palabra, que tañía como un clamoreo fúnebre en los oídos de Maria, un dolor agudo le traspasó el corazón; se desvaneció; se puso pálida; dobláronsele las rodillas, y cayó sin sentido sobre esas piedras desiguales en que Jesus al pasar había dejado huellas sangrientas....

Un jóven galileo, con semblante triste y abatido, una jóven muger bañada en lágrimas, se abrieron el paso hasta Maria: gracias á sus cuidados, la Virgen de los Dolores recobró el uso de los sentidos, y la conciencia de este martirio físico y moral que le ha merecido el nombre de Reina de los Mártires. Sin duda Juan y la Magdalena, que la amaban y veneraban como Madre, hicieron cuanto les fué posible para arrancarla á la escena de sangre y muerte que se preparaba sobre el Gólgota; pero sus instancias fueron inútiles; y Maria, levantándose con esfuerzo, se puso á subir bajo un sol abrasador, la espalda mas escarpada del Calvario: este era el camino mas corto y el que se había hecho seguir á Jesus.

Llegaron al término doloroso de esta triste peregrinación: hollaban la tierra fática y sagrada en que el Cordero de Dios, poniéndose en lugar de todas las víctimas, y cargándose de todas nuestras miserias, iba á satisfacer á la justicia del cielo irritado. Allí iba á ofrecerse el gran sacrificio, cuya eficacia remonta por una parte hasta la falta original, y se estiende por otra en la noche de las cosas futuras hasta la consumación de los siglos. Esta pequeña esplanada pedregosa era el altar renovado de donde la sangre de Cristo debía correr á olas para lavar los pecados del mundo y aniquilar para siempre el pacto de muerte y perdición que nos entregaba al nacer á los ángeles del abismo. Pero ¿dónde se hallaba la víctima santa? ¿Dónde la ocul-



ban sus verdugos á los ojos desolados de su Madre! María estendi sus miradas inquietas sobre la montaña: vió al pueblo en expectación, las cruces tendidas en el suelo, los trabajadores abriendo con indiferencia los agujeros profundos que debían recibir los tres instrumentos del suplicio.... Y Jesús ¿dónde estaba?

Parcero, ¿mas en que estado! Despojado de sus últimas vestiduras, sin un harapo que cubriese sus carnes lastimadas, sus llagas chorreando sangre, siendo tan casto y tan puro. Sus verdugos, arrastrándolo con ignominia, lo espusieron así durante algun tiempo á las risotadas del pueblo: despues el Justo se estendió sobre la cruz, ese lecho de honor que le ofrecia en recompensa de su amor inmenso el reconocimiento de los hombres. ¿Qué espectáculo tan horroroso para los que lo miraban! Juan y Magdalena arrancaron de allí á María á algunos pasos de distancia, á una especie de gruta natural, donde permaneció en pié, blanca y fria como el mármol. Llegaba entre tanto de fuera un susurro semejante al de las abejas de Engaddi, cuando el pastor de Israel les arroja de la concavidad de sus encinas: de vez en cuando se elevaba repentinamente en medio de este sombrío recitativo, una tempestad de silbidos, gritos insultantes y espantosas risotadas: el populacho de todas las naciones ha tenido siempre instintos feroces; pero el de los hebreos escedió á todos en esta coyuntura.

En un intervalo de profundo silencio, acordado sin duda á alguna nueva barbarie que cautivaba la atención de la multitud, se oyó un golpe de martillo; un golpe serdo que caia sobre la madera y las carnes despedazadas. Magdalena se abrazó estrechamente con María; y el discípulo que amaba Jesús se reclinó instintivamente contra las paredes de la gruta. Un segundo golpe mas sordo, mas siniestro todavía, se hizo oír; siguieron otros dos ó tres, cayendo á intervalos iguales; y todo fué concluido. Ya lo elevan en la cruz, hizo observar á sus compañeros un soldado romano: estaban bajo la impresion de un sentimiento semejante al que se experimenta en una tempestad nocturna cuando los gritos de los naufragos que no se pueden socorrer, llegan sobre las olas y se extinguen unos despues de otros en el fondo de las aguas. Y María.... un sudor frío bañó su cuerpo; un temblor convulsivo agitó sus miembros; ella tambien, pobre y débil muger, acaba de ser crucificada; porque ningún confesor estendido en el potro, ningún mártir empujado de las llamas, sufrió en el alma ni en el cuerpo tan espantosos tormentos.

Bien pronto se oyó el agudo frotamiento de las cuerdas en la garrucha; la cruz se eleva con

lentitud en los aires, y el Hijo del Hombre con la cara hacia las regiones del Occidente, que esperaban la luz despues de tan largo tiempo, fué enborbolado como un estandarte á la vista de las naciones infieles; así estaba escrito. Entonces el pueblo reprobado dió un ronco y prolongado rugido de gozo: "Dios te salve, dijo, Rey de los judios! Si Dios lo ama, que lo libre. "Si eres Hijo de Dios, Nazareno, desciende de la cruz;" y el ladrón crucificado á su izquierda le maldecia entre el estertor de su agonía. Jesús, sosteniendo con una dignidad sublime su grande carácter de profeta y de Dios Salvador, seclaba silenciosamente con su sangre las altas doctrinas de la ley nueva. Ninguna queja, ningún reproche se le escapaba con motivo del suplicio infame que sufría á la vista de una ciudad entera: volvía á este pueblo extraviado su mirada de misericordia, y queriendo aplacar la Justicia Divina en favor de los que le crucificaban, Padre mio, esclamó con su voz moribunda, Padre mio, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

"Y han pasado diez y ocho siglos, y el Padre no los ha perdonado; y arrastran su suplicio por toda la tierra; y en toda la tierra el esclavo tiene que bajar la cabeza para mirarlos."

La Virgen habia dejado el asilo temporal á que se habia refugiado, y se encaminaba con la cabeza inclinada al lugar del suplicio. A algunos pasos de distancia del árbol de infamia, groseros soldados echaban suertes sobre la ropa sin costura que habia hilado y tejido con sus propias manos, y se repartian con algazara las vestiduras sagradas, cuyo contacto habia obrado tantos prodigios. Una ligera convulsion se dejó ver en el semblante de María; se recordó del tiempo en que rica con todo el amor de Jesús y escenta de inquietudes próximas, trabajaba por la noche sentada á su lado en el tejido de esta túnica de fiesta; y este pensamiento fué para ella como un puñal á que se da vueltas lentamente dentro de la herida; porque el relámpago que le ofrecia en lo pasado la vista de sus dias de felicidad, le hacian aparecer mas densas las tinieblas de su miseria. Levantó sus ojos al cielo para buscar como siempre la fuerza de sufrir, y su mirada se encontró con la del Dios crucificado. A esta vista, sus piés desfallecidos quedaron fijos en el suelo: se apoderó de ella un horror tan grande y un estremecimiento tan espantoso, que cuanto habia padecido hasta entonces le pareció á un sueño triste, una vision lángubre, pero apenas bosquejada: ¡todo se absorvia en la cruz!

Jesús dejando caer sobre la Virgen tanta una mirada misteriosa y dulce, pareció decirle, como la vispera á sus apóstoles: ¡Madre mia, es llegada la hora!

Pero ¿que hora!

La hora mas memorable y fecunda en acontecimientos extraordinarios; la hora en que el Hijo del Hombre iba á triunfar del mundo, de la muerte, del infierno y de la justicia divina misma; la hora del cumplimiento de los ordenos, de la abolición de los sacrificios, de la rehabilitación de la muger, de la libertad del esclavo, de nuestra redención eterna. Y la Virgen creyó ver pasar delante de sus ojos los patriarcas, los reyes justos, los profetas inspirados de Dios, que se inclinaban delante del Cristo, como las espigas de los hijos de Jacob delante de la espiga maravillosa de José. Vió á Moises y Aaron poniendo al pié del nuevo árbol de la vida la arca de la alianza, el ephod, el racional, la lámina de oro y la vara de almendra, simbolo del sacrificio hebreo cuya mision iba á acabar; despues, David poniendo su harpa profética al lado de la espada de Fines, del cuchillo sagrado de Abraham y de la serpiente de bronce. Los sacerdotes y las victimas, los ritos y las ordenanzas, los tipos y los símbolos agrupados en derredor de la cruz, esperaban su consumación; y el libro de los siete sellos de bronce se habia abierto á los piés del gran Pontífice segun el órden de Melchisedech, que reemplazaba á los Aaroides. El mundo antiguo, retirándose como las olas que se repliegan sobre si mismas, cedió el lugar á otras imágenes. María creyó ver entonces á todas las naciones de la tierra esperando al pié de la cruz para recibir el evangelio. La Ethiopia y las Islas tendian las manos hácia el Mesías; el desierto que comenzaba á regocijarse, florecia como la rosa; el conocimiento de Dios llenaba la tierra, como las grandes aguas cubren el lecho de arena de los océanos; y mil voces parecían repetir en mil idiomas bárbaros: ¡El Cristo ha vencido, bendito sea!

La noble y generosa muger, dando treguas á los agudos dolores que la despedazaban, se unió súbitamente al triunfo de la ley de gracia y la grande regeneración social; mas la vision de gloria no tardó en desvanecerse, y el dolor volvió á entrar por todos los poros: como Raquel, María lloraba á su primogénito, y no quería ser consolada.

Entre tanto la naturaleza entera sufría y parecia participar de los dolores de María. El dia se acababa por instantes; y su luz decreciente daba un tinte lúgubre á este grande y estéril paisaje, tan bien acomodado al delirio de que era teatro. Por momentos las tinieblas se hacian mas y mas espesas; caia el rocío por la interrupción súbita del calor; las águilas dando gritos se dirigian de nuevo á su asilo nocturno; los chacales aullaban en los bordes del Cedron; y el Calvario, tan triste por sí mismo, tomaba

el aspecto de un grande catafalco de mármol negro. El pueblo, fuertemente conmovido por este acontecimiento imprevisto, comenzaba á guardar el silencio del miedo, y solo algunas voces aisladas y ataneras, las voces de los fariseos y de los gefes de la sinagoga, continuaban en muldrear al Cristo.

De repente al través de los sombríos velos que ocultaban la faz del firmamento, parecieron las estrellas como antorchas funerarias que arden en derredor de un féretro y arrojan sobre el teatro del decidido una luz espantosa y azulada, que dió á las masas de espectadores agrupados en las laderas del Gihon el aspecto de una asamblea de espectros y de demonios. Miráronse unos á otros, y se pusieron pálidos; en vano los escribas y fariseos, demasiado engolfados en el mar de los crímenes para atreverse á volver á la ribera, se esforzaban en atribuir este prodigio á causas naturales; mientras mas se prolongaba la ausencia de la luz, menos convincentes parecían sus razones. Los antiguos sacudiendo sus blancas cabelleras, afirmaban haber visto fenómeno semejante; y los sabios instruidos en la ciencia de los cálculos, sostenian que en la posición en que se encontraba la luna, ningún eclipse era previsto ni posible.

En medio de la consternación general, Jesús se ocupaba de los amigos fieles, que en la hora de las agonías estaban reunidos al pié de su cruz. Enternecido por el amor de Juan y la tristeza profunda en que este discípulo jóven y ardiente se hallaba sumergido, quiso dejarle una prenda de su afecto divino. *El que no tenía una piedra en que descansar su cabeza, é iba á recibir de limosa el sepulcro, no podia darle una porción de bienes terrenos; no tenía en el mundo mas que á su Madre, su Madre, que nunca se habia separado de él, y cuyas miradas elocuentes, fijas en las suyas, parecían decirle: "Vos sois todo para mí; sois mi padre, mi madre, mi esposo, mi Hijo, mi Dios, mi vida, mi tesoro; perdiéndolos, pierdo todo: no tengo ya padre, esposo, hijo.... *Nunc orbis patre, videtur desolor prole, omnia perdo.* Jesús la legó solamente á su discípulo amado, como prenda de los bienes celestiales que le reservaba en el reino de su Padre. Sabiendo hasta que punto era amado de estas dos almas santas, previó con su bondad adorable el aislamiento espantoso en que su muerte iba á dejarlas, y quiso fortificar estas dos yedras sin apoyo, enlazando sus ramas desprendidas.*

Por esta disposición, que ponía un nuevo y caro interés en su vida, la Virgen debió comprender que no le era dado seguir á su Hijo en el sepulcro, y que no era llegado el término de su peregrinación sobre la tierra. Se resignó á los decretos divinos por amor á nosotros, que